

quirió derecho de ciudadanía en todas las ciudades de la Grecia y de la Italia. Conoció sus costumbres, habló su lengua y no le engañaron los extranjeros aunque llevaran con propiedad el traje del país: los distinguía por el acento.»

Este retrato os dará el tipo de los sabios que ejercen la ciencia de la crítica en la Alemania de nuestros tiempos.

Y no es solo en esta especie del género literario, donde el cerebro germano ejercita su sagacidad y su método. En la tierra de Goethe y de Schiller, la estirpe de Lessing y los Schlegel no podía quedar sin sucesores; y desde la época del *Júpiter de Weimar* hasta nuestros días, eslabónase la cadena con nombres, que en diversas escalas, despiertan por sí solos en los espíritus cultos, todo un orden de ideas.

Gervinus, Ulrici, Schack, Elze Bodenstedt, y con ellos Brandes, el crítico noruego que ha hecho en Alemania sus mejores campañas, expedicionan por el mundo de las letras. Críticos y viajeros á la par, ya iluminando las penumbras de las literaturas orientales y las lobregueces del genio eslavo; ó ya iluminados á su vez por el esplendor de las letras castellanas del siglo de

oro, ó de las letras inglesas de los tiempos de gloria, han escrito páginas definitivas en que la mente se solaza y recrea.

## XII.

Si la crítica en Alemania se manifiesta como acabamos de ver, no sólo griega sino cosmopolita, las letras americanas se inspiran en el mismo «sentido de humanismo amplio, sensible á todas las manifestaciones espirituales de la especie».

Por desgracia, hablar en Inglaterra de la crítica norte-americana, ó en Portugal de la literatura del Brasil, es menos difícil que hablar aquí de las letras hispano-americanas.

El público inglés conoce la literatura de los Estados Unidos. Nadie en Inglaterra hubiera dicho, como la señora Pardo dijo en esta misma cátedra, que aquel «pueblo, mancebo aún, pero ya musculoso como un atleta, lo ha conseguido todo, excepto que brote en su vasto y fértil territorio la flor de la belleza en las letras». Y nadie lo hubiera dicho, porque la crítica inglesa ve en el «pueblo mancebo» algo más que los múscu-

los; sigue la evolución del cerebro, mide la sensibilidad de los nervios y cuenta las palpitaciones del corazón. No ya el nombre de Poe, ni los de Longfellow, Bryant, Holmes, Whittier y Hawthorne, le son familiares, sino también los de aquellos poetas, noveladores y humoristas que, como Lowell, George Washington Cable y Joel Chandler Harris, escriben en dialecto.

Nada sería de notar que en Inglaterra se conociese á aquellos escritores de los Estados Unidos que tienen una fama universal. Á Poe, por ejemplo, se le ha estudiado en todas partes: ejerce una especie de influencia hipnótica sobre las modernas literaturas europeas, y larga es la lista de los críticos que intentaron hacer la disección de su temperamento complejo; de «su alma tenebrosa, enferma y retorcida»; de su estética sutil y sabia, y de sus procedimientos conscientes y seguros: ha vivido en medio de románticos, naturalistas y decadentes, siempre moderno y siempre obedecido, inspirando gran parte de esa literatura rusa por la que siente la señora Pardo un entusiasmo reflejo, y siendo de igual modo maestro de Gautier, modelo de Baudelaire é idolo de Barbey d'Aureville, Verlaine y

Mallarmé. En Inglaterra, y esto sí es de notarse, al público selecto le interesa, además del examen de los autores consagrados ya, el de una literatura menos cosmopolita, netamente americana y nueva por lo mismo, y se entusiasma sin reservas ante algo más *yankee* aún que las narraciones de Bret Harte: el humorismo de Mark Twain, verbigracia.

Los ejemplares novelescos de esa literatura que, por referencias, se le antoja á la señora Pardo Bazán, «orquesta muy cenceril y gatuna como música de *zingaros* rascatripas», tienen para uno de los más autorizados críticos ingleses «un encanto primitivo; una honda sencillez conmovedora de la que no se puede dar sino idea muy imperfecta.» Y el estilo y el lenguaje en que están escritas esas obras, que la propia señora Pardo clasifica como «prolongación de la literatura inglesa y nada más», merecen estos conceptos á otro crítico famoso: «Lo que es intraducible, sobre todo, dice, y forma su principal mérito, son las mismas extravagancias del estilo original y mordente: el giro *idiomático*, el neologismo extraño y á menudo pintoresco. El inglés es la lengua madre fundamental en estas

producciones; pero hay casos en que parece no-driza envejecida; sus senos se agotan á menudo; no puede expresar más que la civilización de Europa, y se encuentra pobre frente á la superabundancia de ideas, de invenciones y descubrimientos con que se enorgullece América. Para designar las cosas nuevas se necesitan palabras nuevas, y al acervo antiguo se han llevado poco á poco numerosos contingentes más ó menos desfigurados, más ó menos corrompidos, tomados de los dialectos varios con que los emigrantes venidos de todos los puntos del globo han dotado á su patria adoptiva.»

Dado este medio social, en el país en que Dante Gabriel Rossetti, el orfebre del verso inglés, fué el primero en defender los atrevimientos rítmicos del gran Walt Whitman; allí donde la prensa literaria enluta sus columnas á la muerte de Whittier, y donde la misma Reina da por telégrafo el pésame oficial al Gobierno de los Estados Unidos por la pérdida de Lowell; natural parece que sea admirado Emerson, leído Griswold y famoso Stedman, y fácil resulta exponer una opinión personal acerca del romanticismo crítico del primero, la influencia retórica

del segundo en sus libros de *Poetas y Prosistas de América* y el eclecticismo *sentimental* del último, del celebrado autor de *Poets of America* y de *Victorian Poets*.

En Portugal, la crítica que investiga con Latino Coelho los orígenes del arte y la filosofía en Grecia y que penetra con Oliveira Martins en el alma de la lírica moderna al analizar la obra poética de Quental, recoge y reúne por mano de Braga las poesías escritas en portugués de uno y otro lado del Océano: estudia con él, no sólo la lírica moderna del Brasil, sino sus tradiciones y sus cantos populares, y explica la evolución del lenguaje, lo que el vulgo ilustrado llama corrupciones que no son, muchas veces, sino fenómenos naturales en todas las lenguas vivas. Braga examina en ese sentido las modificaciones que el idioma portugués ha experimentado en América, en la acentuación fonética y en las construcciones gramaticales. Su antología es mejor que las que se han hecho hasta ahora de poesía americana escrita en español, superior aun á la de Menéndez y Pelayo; que si esta tiene un valor histórico, no representa en conjunto la obra poética de aquellas literaturas por haber excluido

de ella á los escritores vivos, lo que no sucede en la de Braga. Semejante condición de actualidad hace que el libro de este último no sea una obra arqueológica y de archivo, sino algo que vive, que se mira á diario, y que acostumbra á los lectores portugueses á ver los nombres de Azevedo, Gonçalvez Díaz y Abreu al lado de los de Herculano, Almeida Garret y Qüental.

¿Pasa aquí con las obras escritas en español en América, algo semejante á lo que sucede en Inglaterra y en Portugal con las obras literarias de los Estados Unidos y del Brasil? Responda por mí un crítico tan ilustrado como sincero, D. Federico Balart, que decía ayer mismo: «Con escasas excepciones (en cuyo número por desgracia no puedo contarme), los que en España prestamos tal cual atención al movimiento intelectual de nuestro siglo conocemos bastante la literatura francesa, algo la inglesa, poco la alemana, menos la italiana y (¡vergüenza da el decirlo!) poquísimo la portuguesa y nada ó casi nada la hispano-americana.»

Esta declaracióa no puede ser sospechosa de parcialidad ó de ignorancia; es cierto, en España se sabe poco de las letras americanas y no mu-

cho de la historia y de la geografía de América.

Al tratar de algo que se relacione con aquel continente incurren casi siempre en incomprensibles equivocaciones, no ya los novelistas (desde los que emborronan *entregas* hasta alguno de los más ilustres maestros, hablo de Pereda), sino también los mismos historiadores; D. Justo Zaragoza, por ejemplo, que es, y me complazco en decirlo, de los que más saben de cosas de América, escribe al hablar de la muerte de Moctezuma: «Los mexicanos eligieron entonces rey á Cuitlahuatzin llamado *Guatimozin* por los españoles», lo que equivale, dice con razón mi compatriota D. Agustín Rivera, á que escribiendo historia de España se dijese: subió al trono Carlos V conocido también con el nombre de *Felipe II.*

Hasta la propia señora Pardo, que no es muy afecta á confesar deficiencias, en el artículo que escribió acerca de D. Manuel Cañete, decía: «la literatura americana, casi ignorada entre nosotros.....»

Con tales antecedentes, no he de ser yo quien pretenda formular un juicio crítico de cuyos fundamentos, por lo general, no podrían darse

cuenta aquellos á quienes me dirijo; ni mucho menos quien intente dar á conocer á nadie, porque para esto último necesitaría tener una autoridad que no pretendo, y además el tiempo necesario para demostrar mis opiniones con una labor de análisis comprobado muy diversa de la índole sintética de mi estudio.

Lo que sí haré será apuntar algunas consideraciones que no conviene dejar inadvertidas.



No debe atribuirse el desconocimiento de que vengo hablando á desdén del público y de la crítica hacia las obras americanas. Es un fenómeno puramente económico. En nuestra América se publican pocos libros; muchos de los escritores de más valer no han coleccionado sus obras, que andan dispersas en periódicos y revistas; pasa con ellos lo mismo que sucede con un literato que acabo de citar, que goza de justa celebridad en España y que es poco ó nada conocido en América, con D. Federico Balart.

Aquí no han llegado, aparte algunas obras enviadas privadamente por sus autores, sino ejemplares de antologías monstruosas, á través de

las cuales es conocido por unos cuantos curiosos algo de la lírica de aquellos países.

Algunas de esas antologías se llaman «Américas Literarias», y vienen á ser en literatura lo que esa parte del Rastro que el pueblo de Madrid ha bautizado con el nombre de *las Américas*. Allí no hay más que trastos inservibles, vejesterios que se quieren hacer pasar por antigüedades, baratijas y mercancías de feria pregonadas á voz en cuello por charlatanes y mercachifles. Cierto es que hay quien, á fuerza de trabajo, logra encontrar en las tales *américas* alguna obra de arte; pero ¿podría juzgarse de los tesoros artísticos que posee Madrid, dedicando á los cachivaches del Rastro la atención que debieran ocupar el Museo del Prado y el Arqueológico? ¿Sería justa y razonada la opinión que de esta manera y con tales premisas se formulase, aunque fuera el mejor crítico de arte el que hubiese de darla, hallárase ó no animado de los mejores sentimientos de benevolencia?

Este conocimiento fragmentario y *sui generis*, unido á la índole especialísima del humorismo de D. Juan Valera, de quien escribía con mucha gracia Campoamor «que como á cierta amiga

suya (de Campoamor) no le agradaba más que lo que era pecado mortal», es, en gran parte causa de que muchas veces, con admiración de los que conocen á los escritores americanos de cerca y al Sr. Valera sólo de lejos, se paseen de bracerero por las páginas de crítico tan ilustre como escéptico y bondadoso, poetas y copleros, eruditos y grafomanos, mereciendo todos sendas distinciones y alabanzas, un si es no es burlonas y desdenosas.



No se suponga, por lo que llevo dicho, que pretendo hacer creer á nadie que en América abundan los buenos escritores y escasean los malos; pero ¿hay alguna parte del mundo donde suceda otra cosa? Además, necesario es decirlo, la América es más grande de lo que algunos imaginan, y el nivel intelectual en todas las naciones americanas no se halla á la misma altura: que no se escribe de igual modo en las que tienen una tradición literaria no interrumpida desde los tiempos de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y Sor Juana Inés de la Cruz hasta nuestros días, y en aquellas en que brillaron nombres como los

de Bello y Olmedo, por no citar otros, que en los países que nacen hoy á la vida de las letras.

Existen, no obstante, en el orden literario lazos que unen á esos pueblos, como en el orden social y político existen también otros muchos que estrechamente los relacionan, y es uno de los primeros el *cosmopolitismo* de que antes hablé.



Es la América tierra abonada para toda estirpe de ideas, como lo es para la flora de todos los climas. Si allí la historia del arte no existe escrita con monumentos que el paso de diversas civilizaciones ha dejado en Europa, si la enseñanza objetiva que esto proporciona no puede tenerla allí mismo el artista americano, si el cuadro no es más que uno y pierde en la copia algo que le es intrínseco; el libro es el mismo aquí, allá y en todas partes, que el germen de las ideas va por igual en cada ejemplar que sale de las prensas.

La educación polígota y aquella vida interior americana, tan diversa de la de Europa, permiten leer mucho, y entre todos los que leen hay quienes saben hacerlo bien y limpios de prejuicios.

Así se explica el cosmopolitismo de la crítica americana, que no por eso deja de tener carácter propio, porque esta serie de lecturas la completan la de otros libros que no pueden faltarnos: el de la naturaleza y el de la vida humana.

Lo mismo en las críticas de Varona, en las que la exquisita sensibilidad del artista guiada por el método inflexible del filósofo no sólo percibe sino avalora los matices estéticos; que en las pláticas de *Los Ceros*, en que la pluma de Riva Palacio corría libre de trabas desde una cita clásica y una investigación filológica hasta un acontecimiento del día, dándole interés á lo baladí y franco regocijo á lo más austero; lo mismo en las síntesis de Ricardo Delmonte que es un verdadero temperamento de crítico literario encarnado en un prosista impecable, que en los análisis de Ignacio Ramírez, aquel sabio descontentadizo y refinado; y de igual modo en la clásica serenidad de Miguel Antonio Caro, en la cortante oratoria de Sanguily, en las eruditas y elegantes disertaciones de Montoro, y en los serios y atinados juicios de Merchán; que en los doctos prólogos de Altamirano, en las pintorescas crónicas de Gutiérrez Nájera, en los retratos literarios de

Piñeiro—justos casi siempre de líneas—en los de Manuel Puga—brillantes de color,—y en los estudios y polémicas de Obligado, Rivas Groot, *Justo de Lara*, Gómez Restrepo y tantos otros que, como éstos, saben, piensan y escriben bien; hasta en aquellos mismos caracterizados por escuelas y aficiones que están más cerca de anti-guos ó extraños procedimientos críticos, como Amunátegui, Pimentel y Oyuela, hay mucho de esa universal inteligencia, de esa receptividad ajena de prejuicios que al terciar en una discusión literaria le hacía decir á uno de los patriarcas de las letras sud-americanas, á Carlos Guido Spano: «la poesía de origen divino, no tiene patria ni escuela: sus dones están esparcidos en la tierra, y ¡feliz el que logre juntar en su guirnalda á las adelfas del Eurotas las flores silvestres de nuestro suelo bendecido!»

Este espíritu cosmopolita no hay que confundirlo con el enciclopedismo «que todo lo sabe y todo lo discute», el cual, con ocasión de unas apreciaciones acerca de Montalvo, tomaba *Clarín*, no se por qué, como carácter general de la literatura americana, y decía: «Recuerda aquella falta de división del trabajo que demuestra en el co-

mercio, v. gr., una vida económica, poco adelantada y sin complicaciones; en los pueblos pequeños el que vende alpargatas, vende bacalao, escobas, clavos, chorizos y velas de sebo, bramante y cañas de pescar.»

Pienso como el Sr. Alas, que pasó la época de *Los Espectadores* y de los *Teatros críticos*; pero observo que revistas periódicas de semejante género no es en el Ecuador sólo donde se escriben, que muy cerca tenemos ejemplos análogos. No olvido tampoco que los extremos se tocan: en América hay pueblos pequeños y ciudades de mucha importancia, y si en las poblaciones pequeñas existen tiendas de la especie que pinta Clarín, en las grandes ciudades hay almacenes como los del Louvre: existen hombres que parecen abacerías de aldea; pero hay otros, y nadie mejor que el Sr. Alas debe conocerlos, que semejantes á esos grandes almacenes de París, de Londres y de Nueva York en que todo se encuentra, son capaces de arruinar á los que hacen *al por menor* el comercio de las ideas.

Entre la pedantería de un *erudito á la violeta* y el *dilettantismo* de Renan, ¡qué diferencia! no hay que confundir una cosa con otra. Yo no creo

que el Sr. Alas haga esa confusión. Él, que en sus *psicologías* tantos puntos de contacto tiene con Bourget, aunque en el fondo más se parezca, á veces, á Brunetière, pensará que en la sociedad moderna «todo es múltiple, todo nos invita á hacer de nuestras almas un mosaico de sensaciones complicadas».



«Apenas hay libro que se escriba y se publique en América que no nos lo envíe el autor á los que en España nos dedicamos á escribir para el público», dice D. Juan Valera. La modestia del ilustre crítico le hace tomar como regla general lo que no es sino una excepción tan honrosa como justificada. Bien está que á los escritores de su categoría — que son contados — se les envíe por el autor mismo los libros que se publiquen en España ó en América; y en América con más razón, sin duda, puesto que es poco menos que imposible conseguir en el mercado de libros de la Península los que se escriben por allá. Pero de ahí á que el autor americano envíe sus obras á «cuantos en España se dedican á escribir para el público»; hay grandísima dis-



tancia. La misma distancia que media entre don Juan Valera y la mayoría de los que aquí y fuera de aquí escriben para el público.

Tomando al pie de la letra lo dicho por el señor Valera, se explica que cierto conocido mio, que, porque escribe notas bibliográficas no sé en que revista, imagina que no hay libro que se publique en América que no se lo remita el autor para que lo juzgue; — después de hacer, como cortés salvedad, inmerecidos elogios de mis escritos—me dijera, señalando un montón de tomos: «Vea usted, vea usted, todas esas obras me las envían de América para que escriba de ellas, y le aseguro que en ninguna he encontrado las excelencias de que usted me habló alguna vez, ¿quiere usted decirme con toda confianza á qué atribuye esto?»

Á semejante pregunta, después de buscar los nombres ignotos de los autores de aquellos libros, hube de contestar con un relato del Oriente, de cuya autenticidad no respondo, ni respondería tampoco el *ensayista* inglés donde lo lei hace algunos años. Lo repito como se lo referí, lo referí tal y como me lo enseñaron, y va de cuento:

Cierto rey de Babilonia, queriendo conocer el estado del cultivo de la vid en sus dominios, prometió diez burras, diez esclavas y diez vestidos completos á quien le presentara en aquel año las diez mejores medidas de vino. Se nombraron jueces para catar el envío de cada opositor y para dar al que lo mereciera las diez burras, las diez esclavas y los diez vestidos completos. Cuando las medidas de vino fueron presentadas al tribunal, los jueces las hicieron destapar y las probaron, y los vinos no eran malos, que eran pésimos: el de aquí despedía tal perfume que lo condenaba el simple olfato; el de allá tenía un gusto á tierra húmeda, y el de acullá estaba completamente agrio: fué necesario declarar desierto el concurso, y los jueces, no sólo aburridos, sino enfermos por haber probado tanto brebaje, presentaron su dimisión. En el nombre de Belo, dijo el rey de Babilonia, ¿cómo puede ser esto? Los sacerdotes explicaban el prodigio por la cólera del cielo. Los dioses, irritados de tanta maldad, decían, han castigado la tierra en sus cosechas. Pero el rey no se dejaba persuadir con estos discursos, porque él había bebido, y en la misma mesa de los

sacerdotes de Belo, un magnífico vino de la cosecha de aquel año. ¿Cómo puede ser, repetía el monarca, que el único vino malo sea el que quiera alcanzar el premio? Un anciano filósofo, á quien se había visto sonreír desde el establecimiento de los jurados y de la recompensa que debían acordar, explicó la cosa de la manera más natural del mundo. Sí, sin duda la cosecha había sido generalmente buena y el vino delicioso; pero los propietarios de los buenos vinos seguros como estaban de venderlos á precio de oro, no se habían cuidado de mandarlos al concurso. ¿Qué iban á hacer con las diez burras, las diez esclavas y los diez vestidos completos? Disputar tal premio era bueno para los pobres diablos que no vendían su vino por un óbolo, ó que no tenían ni viña siquiera.

El cuento es apropiado, sin duda, al caso de que se trata. No es que los escritores americanos juzguen á los ciertos críticos, nacionales ó extranjeros, catadores incompetentes: sus opiniones valen más, es cierto, que las diez burras, las diez esclavas y diez trajes nuevos que ofrecía el rey de Babilonia; pero no son bastante estímulo para que aquellos en cuyas viñas se da el

aromoso vino por tantos buscado, entren en sus concursos revueltos con los pobres diablos cuyo cerebro estéril sólo ha podido producir el vino agrio y mal oliente que no hay paladar literario bien organizado que cate sin repugnancia.

### XIII.

Y he llegado, señores, á la parte más difícil de mi estudio: á la que tiene indispensablemente que referirse á la crítica en la literatura española contemporánea. Es trabajo escabroso en demasia, y del que, á ser posible, me hubiera eximido. Privábame de la satisfacción inmensa de hacer muchos y justificados elogios, á trueque de no hallarme en la necesidad de decir una sola cosa que disguste á alguien. Porque es común que los que ejercen la crítica, y debieran por este motivo ser los primeros en reconocer el derecho de que otros la ejerciten, se incomoden cuando hay quien, á su vez, los discute y examina.

Así y todo, comenzada la tarea, seguiré expresándome con absoluta independencia.

Por fortuna para mí, hay mucho bueno que decir de la crítica española.